

SEVERO SARDUY
(1937-1993)

POR

ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA
Yale University

El ocho de junio pasado falleció en París el escritor cubano Severo Sarduy, de cincuenta y seis años. Según informes de conocidos y amigos Sarduy murió de SIDA, aunque su compañero de más de treinta años, el editor, crítico y filósofo François Wahl, me asegura por teléfono que fue de un tumor cerebral. Wahl fue el único presente en el entierro, y la noticia de la muerte de Sarduy no fue hecha pública sino hasta dos o tres días después. Todos sus amigos lamentamos no haber podido acompañarlo al cementerio.

Conocí a Severo Sarduy en la primavera de 1969. Me llevó a verlo su antiguo condiscípulo de la Universidad de La Habana, Enrique Pupo-Walker. Nos volvimos a ver muchas veces durante ese verano, que pasé en París, donde Sarduy residía. Gracias a él pude conocer y trabajar con amigos suyos como Roland Barthes. Además del común origen cubano, nos unía el interés por el barroco (preparaba yo entonces mi tesis doctoral sobre Calderón), la teoría literaria, y las obras de Alejo Carpentier y José Lezama Lima. A mí me cautivó su obra por lo rara, original y difícil. A lo largo de los años recopilé su textos tempranos, lo entrevisté, escribí sobre su creciente obra, y nos vimos en lugares tan disímiles como Chantilly y Boulder, Colorado. Llegamos a ser amigos íntimos. Me pasé con él y François varias temporadas en sus casas de París y Chantilly, una vez con mi mujer e hijos. Sarduy me honró dedicándome *Colibri*, una de sus mejores obras.

Severo Felipe Sarduy y Aguilar había nacido en Camagüey, Cuba, el 25 de febrero de 1937. Sus padres fueron Jesús Acacio Severo Sarduy y Ruiz, hoy difunto, y Casta de las Mercedes Aguilar, que reside en La Habana. Toda la familia —de clase trabajadora— es camagüeyana.¹ Además de la madre lo sobrevive su hermana Mercedes, también residente en la capital cubana. Sarduy hizo sus estudios primarios en su ciudad natal, y se graduó de bachiller en el Instituto de Camagüey. Luego pasó a La Habana, en cuya universidad se matriculó en la Facultad de Medicina. Estudió varios años esa carrera, con frecuentes interrupciones por los disturbios causados por la lucha contra el régimen de Fulgencio Batista. Desde sus años de Camagüey, Sarduy había comenzado a publicar poemas, y logró que algunos aparecieran en la revista *Ciclón*, que dirigía José Rodríguez Feo. En La Habana continuó sus actividades literarias, que aumentaron con el triunfo de la Revolución en 1959.

¹ Tomo la información de la partida de nacimiento de Sarduy, que se encuentra en el folio 166, tomo 10, acta 140, de la Sección de Nacimientos, Juzgado Municipal del Sur, Camagüey, Cuba.

Fue asiduo colaborador de *Revolución* y de su suplemento literario *Lunes de Revolución*. También dirigió la página literaria del *Diario Libre*. Había abandonado definitivamente la medicina.

A fines de 1959 partió para Francia, becado por el gobierno para estudiar crítica de arte en la École du Louvre. Cuando al cabo del año se venció la beca, decidió quedarse en Francia, donde completó sus estudios de arte, pero sin llegar a graduarse porque su director de tesis murió. A pesar de que habría de viajar por toda Europa, la India, Nepal, Argentina, Brasil, Estados Unidos, México, Puerto Rico, y otros países latinoamericanos, Sarduy nunca volvió a pisar suelo cubano. Este otoño iban a cumplirse treinta y cuatro años de ausencia de su país natal, que no se atrevió a visitar ni aun por motivo de la enfermedad y muerte de su padre, ni atendiendo a las invitaciones que, después de años de ataques, exclusiones y silencios, le extendieron burócratas y comisarios. En un principio Sarduy no regresó a Cuba por miedo a represalias por haber permanecido en Francia; luego, por temor a las campañas de persecución de homosexuales llevadas a cabo por el régimen; más tarde, por recelo de que al viajar a Cuba con pasaporte cubano (la única manera de hacerlo si uno ha nacido en la isla) se podría exponer a la pesadilla de que no lo dejaran volver a salir; y, por último, una vez alcanzada la fama, para no permitir que el régimen fuera a utilizar una visita suya como propaganda. Al morir hacía años que Sarduy era ciudadano francés, aunque hizo toda su obra importante en español.

Sarduy empezó a alcanzar renombre internacional con la publicación de *Gestos*, su primera novela, en 1963, pero sobre todo con la salida de *De donde son los cantantes*, en 1967. Esta coincidió con la aparición de varias colaboraciones suyas en dos revistas de enorme impacto en el momento: *Mundo Nuevo*, dirigida por Emir Rodríguez Monegal, y *Tel Quel*, órgano del grupo estructuralista que campeaba por sus fueros a fines de la década del sesenta en París. De ese momento en adelante, la fama de Sarduy quedó establecida: un escritor difícil, de la extrema vanguardia, accesible a un grupo de iniciados. A pesar de la relativa difusión de otras novelas suyas, como *Cobra*, 1972, *Maitreya*, 1978, *Colibrí*, 1983, y *Cocuyo*, 1990, y del impacto de ensayos como *Barroco*, 1974, Sarduy nunca alcanzó (ni se lo propuso) el éxito de librería de otros novelistas latinoamericanos como Carlos Fuentes y Mario Vargas Llosa. Ahora bien, gozó de la admiración de escritores y críticos prominentes por todo el continente americano, de Octavio Paz en México a Haroldo de Campos en Brasil. Los que nos dedicamos al estudio de su obra (Adriana Méndez Rodenas, Gustavo Guerrero, Mary Ann Gosser, Justo Ulloa, Leonor Ulloa, René Prieto, Enrico Santí, Isabel Álvarez Borland, Óscar Montero, Horacio Costa y unos cuantos más) nos consideramos una especie de secta rara. Creo que apenas hemos echado los cimientos de lo que será, con el tiempo, un vasto templo.

Sarduy también llevó a cabo una importante labor editorial. Fue director durante muchos años de la colección latinoamericana de Éditions du Seuil, casa que alcanzó enorme prestigio en los sesenta y setenta como difusora del estructuralismo y sus secuelas. Publicó la traducción francesa de *Cien años de soledad*, que tuvo un enorme éxito. También publicó la de *Paradiso*, de Lezama Lima, así como obras de Borges, Sábato, Arenas, y muchos otros más. De Seuil pasó Sarduy a dirigir la prestigiosa colección "Croix du Sud", en Gallimard, donde continuaba su labor de promoción de la literatura hispanoamericana en Francia cuando lo sorprendió la muerte.

Hizo además labor de divulgación cultural a través de programas de radio en Radio France Internationale. Uno, “Literatura en debate”, consistía en entrevistas con cuanto literato de lengua española pasara por París. Otro, “La ciencia en Francia”, versaba sobre la evolución de las ciencias modernas. El mismo lo escribía, sacando información de diversas publicaciones de carácter general y hasta especializado. Animó también algunos programas de televisión.

No sólo hubo triunfos, halagos y placeres.

Le tocó a Sarduy sufrir en París los años del Boom, cuando el apoyo incondicional al régimen de Fidel Castro era el salvoconducto entre los latinoamericanos de diversos países que cumplían su temporada reglamentaria en la capital francesa. Con la honrosa excepción de Gabriel García Márquez, que siempre fue su amigo, la mayoría de los novelistas que, como Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa, se vieron famosos de la noche a la mañana, le hicieron desaires a Sarduy. Él me los contaba con más resignación que amargura. Para estos escritores, ignorar o vejar a Sarduy era un precio modesto por los viajes a Cuba, los elogios, y sobre todo la máscara revolucionaria, que era la más cotizada entonces en los países capitalistas, donde las obras de estos guerrilleros del Deux Magots y el Flora vendían sus obras por millares. Con el fracaso de Fidel Castro, y luego del sandinismo en Nicaragua, para no hablar del aparatoso colapso del comunismo y general descrédito del marxismo, la postura de algunos de estos escritores ante Sarduy cambió. Su amistad con García Márquez continuó hasta el final, aunque no recuerdo haber leído ninguna declaración del colombiano sobre la muerte de su amigo.

Tal vez los ataques de sus propios compatriotas habían curtido a Sarduy, y le habían enseñado la virtud de esperar con paciencia, frente a la proverbial tienda, el desfile de los cadáveres de sus enemigos. Esta galería de la infamia no puede caer en piadoso olvido en este momento de dolor y amargura. En 1967, en una diatriba contra *Mundo Nuevo*, Ambrosio Fonet, erigido en policía de fronteras, se refiere a Sarduy como “el escritor francocubano”.² En 1969, en la sección sin firma “Otros libros”, de *Casa de las Américas*, se lee, en nota sobre la antología *Narrativa cubana de la revolución* en que figura un fragmento de *Gestos*: “y cuatro relatos de autores que no tienen nada que ver con la revolución cubana, a la que han traicionado, y por lo tanto sobran en una antología de este tipo y con este título”.³ *Casa de las Américas* era dirigida, como es notorio, por Roberto Fernández Retamar, y no admitía réplicas (que dudo Sarduy hubiese escrito). El mismo Fernández Retamar, en su difundido ensayo “Calibán”, que apareció en la misma revista en 1971, se burla gratuitamente, y con escaso conocimiento de la crítica, del “mariposeo neobarthesiano de Sarduy”, dándole un matiz “homofóbico” al ataque por las sugerencias groseras que sus palabras tienen para cualquier cubano.⁴ Fernández Retamar tal vez se hacía eco de los ataques contra Sarduy de Luis Pavón, quien en 1968, con motivo del primer *affaire* Padilla, y escondiéndose bajo el pseudónimo de Leopoldo Avila, escribió que “Con Sarduy y Adrián García [los escritores exilados] trazan desde el extranjero el camino de la

² Ambrosio Fonet, “New World en español”, *Casa de las Américas* 40 (1967) 106-15. Cito por la reproducción de este texto en *Diez años de la revista Casa de las Américas 1960-1970* (La Habana: Casa de las Américas, 1970) 159.

³ *Casa de las Américas* 55 (1969) 131.

⁴ “Calibán”, *Casa de las Américas* 68 (1971) 146.

traición con colores rosados a cuanta gente les cae cerca”.⁵ Por estas fechas, Jesús Díaz, ante el Instituto de Literatura Chilena, responde así, con ira más zoológica que lógica, a una pregunta sobre Cabrera Infante y Sarduy: “¿A qué hemos venido aquí: a hablar de literatura o de gusanos?”.⁶ Imeldo Álvarez, por su parte, en la tradición de Pavón y Fernández Retamar, retorna a las groserías “homofóbicas”, en su lamentable historia de la novela cubana en el siglo veinte: “Tanto los que arruinaron sus plumas [“pájaro” quiere decir homosexual en Cuba, por lo cual toda alusión a plumas o vuelo es clara] en maniobras contrarias a la verdad y a la vida, como los que llevarían al extranjero, al otro lado del mundo de los trabajadores que construyen el tiempo nuevo, sus tristezas y carroñas. (Algunos con gestos de cobra que indagan inútilmente de dónde son los cantantes ...)”.⁷ Fonet, compilador de una olvidable antología del cuento cubano, y autor de un librito de crítica intitulado *En tres y dos*, se quedó con la carabina al hombro, porque, que sepamos, hace tiempo que perdona a la literatura y se dedica exclusivamente a la burocracia. De Pavón, por suerte, no se sabe nada hace ya mucho. El tal Imeldo Álvarez ha seguido en su merecido anonimato, a pesar de sus insistentes publicaciones. Díaz, autor hace más de veinte años de algún cuento pasable, y luego de una novela que ni con el coro de críticos amaestrados que le hicieron elogios e intentaron conseguirle el premio Rómulo Gallegos ha perdurado, anda ahora por el exilio tratando de re-escribir su pasado.

El caso de Fernández Retamar es más complicado y turbio. En una entrevista que le hice en 1978, y que se publicó en *Sin Nombre* en 1979, esbozó una especie de desagravio al decir que *Calibán* no sólo era un panfleto, sino “un montón de palabras más o menos airadas”.⁸ Sin embargo, como parece ser lo único de su obra que todavía tiene alguna circulación, Fernández Retamar ha seguido publicando *Calibán* sin cambios ni retracciones. Además de los ataques ya vistos, la revista *Casa de las Américas*, que Fernández Retamar dirigió por más de un cuarto de siglo, jamás reseñó obra alguna de Sarduy. En ésa y todas las demás publicaciones literarias cubanas, dicho sea de paso, se sometió a Sarduy a un “ninguneo” que tuvo su institucionalización definitiva en el atrabiliario *Diccionario de la literatura cubana*, donde no figura, a pesar de que todos los “escritores” aquí mencionados que lo atacaron, merecieron sus paginitas (Sarduy me dijo una vez que esta obra era una verdadera *Historia local del descaro*). Pero, como en casos anteriores, la paciencia (que quizás heredó de sus antepasados chinos) también recompensó a Sarduy en el de Fernández Retamar. Este sigue condenado a la notoriedad casi exclusivamente por *Calibán*, y en 1991, cuando la desbandada de escritores cubanos se hizo más aguda, le envió una carta a Sarduy invitándolo a un “conversatorio” sobre su obra en la Casa de las Américas, y pidiéndole una colaboración para la revista.⁹ El *establishment* cultural cubano, antes poderoso y agresivo,

⁵ Leopoldo Ávila, “Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba”, *Verde Olivo* 47, (noviembre de 1968) 14-18. Cito aquí por la reproducción de este texto en *El caso Padilla. Literatura y revolución en Cuba. Documentos*, ed. Lourdes Casal (Miami: Ediciones Universal, 1971) 38.

⁶ Jorge Edwards, *Persona non grata* (Barcelona: Barral Editores, 1974) 323.

⁷ Imeldo Álvarez, *La novela cubana en el siglo XX* (La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1980) 141.

⁸ *Sin Nombre* (Puerto Rico), 10, no. 2 (1979).

⁹ Roberto Fernández Retamar a Severo Sarduy, La Habana, 31 de mayo de 1991. Al enviarme la copia xérox de esta carta, Sarduy me indicó que se la había dejado en Gallimard Lilia Esteban Hierro, viuda de Carpentier.

pero ahora boqueando, le hacía un guiño grotesco al antiguo paria que se había hecho “un escritor de fama mundial”, según dice en la citada carta su vocero. Sarduy, de más está decir, no se dignó en contestar.

Para honra suya, no se dejó Sarduy envenenar ni por el odio ni por el deseo de venganza. Tampoco permitió que Cuba y sus problemas monopolizaran su atención y saturaran su obra, como otros escritores cubanos. De éstos, Guillermo Cabrera Infante es el más patético. Paradójicamente la ruptura con el régimen es lo único capaz de dar a su obra la vigencia que podría hacer posible un éxito de librería. Pero el tiempo es cruel, y los escándalos políticos de hoy no interesan a nadie mañana. Así, *Mea Cuba* (1992), está lleno de desplantes, desatinos y disparates sobre incidentes y personajes felizmente olvidados. Este vivir de lo que se odia no se lo permitió Sarduy jamás. El resentimiento no ha producido gran literatura, salvo tal vez en el caso de Quevedo. Logró eludir Sarduy también los sectarismos típicos del gremio literario. Tuvo larga amistad con Octavio Paz, por ejemplo, y fue asiduo colaborador de *Vuelta*, pero no se dejó arrastrar por el caudillismo y mezquindad que mueven el mundo literario mexicano. Si bien padecía la marginalidad de no pertenecer a ninguna literatura nacional, también disfrutó, como por compensación, la independencia que semejante desarraigo le confería.

Las horas con Severo Sarduy pasaban sin darse uno cuenta, hablando de pintura, de poesía, e insistentemente de Lezama. Los chistes, juegos de palabras bilingües y trilingües proliferaban, y entre ellos observaciones agudísimas, verdaderos chispazos críticos. Pero cuando se trataba de trabajar en firme, por ejemplo, para preparar algún programa radial, se ponía muy serio y no perdía un segundo en digresiones o dilaciones. Aunque era jovial, comprensivo y generoso, no comprometía por nada ni por nadie criterios literarios que hacían honor a su nombre. Era severísimo, como lo era consigo mismo. Puedo declarar sin la menor reserva que no lo vi jamás ceder una micra. Y hubo presiones, tanto por parte de escritores cubanos que se exilaban como por parte de otros que, desde Cuba, le querían vender el regreso a cambio de su integridad. Me decía, “Chico, es lo único que nos queda, porque no tenemos ni dinero ni poder”. No he conocido a otro escritor de lengua española de igual integridad profesional.

Los que tuvimos la dicha de conocer de cerca a Severo sabemos que era de una lealtad terca, campesina, y de una generosidad sin límites. Conocía todos los defectos de sus amigos, pero nos los perdonaba y nos ayudaba a no ser víctimas de ellos. Era jovial, alegre, verdaderamente chistoso, con una habilidad extraordinaria para parodiar voces de personas y tipos. Desinflaba a burócratas cubanos, en misión parisina, que velaban sus inclinaciones sexuales, hablándoles en femenino, e instándolos a no “traducirse” al usar desinencias masculinas. En la radio había desarrollado un registro amplísimo de voces, tonos, inflexiones, y dejos de pronunciación. Tenía ínfulas de bailarín, aunque los años, la calvicie, las libras y sus ojos rasgados le fueron dando más bien aspecto de buda. Le gustaban los *bloody marys* bien picantes, y rememoraba con regodeo las “alegrías de coco” cubanas y los batidos de frutas. Pero su placer más grande era la pintura. Era capaz de viajar a un museo lejano para contemplar un solo cuadro. No he conocido a nadie que supiera más de pintura, tanto europea como norte y latinoamericana.

Siempre le quedó a Severo algo del médico que casi llegó a ser, por lo cual su agonía tiene que haber sido de una lucidez minuciosamente cruel. La ciencia lo fascinaba, y llegó

a ser un experto en la enfermedad que supuestamente se lo llevó. Desde mucho antes que estuviese enfermo se mantenía al corriente de los últimos avances de la medicina, y su trabajo para el programa “La ciencia en Francia” lo forzaba a estar al día en disciplinas como la astronomía y la física. Algún día llegará a saberse que lo fundamental en la obra de Sarduy no fue ni la música, ni el sexo, ni la cultura popular, sino una pasión por las más abstractas correspondencias, las más sutiles simetrías, las más leves reiteraciones. Buscó a Dios en los ecos más asordados del *Big Bang*, en las filigranas lógicas de la teología, en las elusivas iluminaciones de la mística, en la más pura de las geometrías. Pero Éste se le revelaba siempre a la postre como un tipo simpaticón y bien intencionado, pero algo torpe y arbitrario. Creía, por eso, en las dádivas del azar: una voz escuchada a medias que podría inspirarle toda una novela, la confluencia inesperada de espacios no convergentes que le aclaraban un cuadro. Para Severo los textos trascendían las inteligencias, las vocaciones, los falsos imperativos de lo social. Cuando le dije que una señorona cubana venida a menos en el exilio, obligada a ganarse su sustento, me dijo abatida que “trabajar es la muerte vestida de verde jade”, Severo se dio cuenta de que era una frase que debía ser de uno de sus personajes, y se la apropió. Hablaba con todo el mundo con el mismo interés, confiado en que la joya podía emitir su destello desde el lugar más inesperado. Pero también amaba el silencio — leíamos horas enteras sin hablar en el césped de la casona de Chantilly— porque éste, como el blanco, podía ser manifestación de lo que verdaderamente lo atraía, que era el vacío. Hoy tal vez lo conozca a plenitud, o por lo menos lo conocen los ecos de él que quedan dispersos en nosotros, los que lo conocimos y sentimos su ausencia.